

Son oeuvre se lit comme un véritable roman, celui de notre aventure commune: car les structures et les modalités qu'elle démasque en Biscaye nous en retrouvons des échos par exemple en Iparralde d'avant la Révolution française, époque où nous étions plutôt libres car à l'évidence responsables.

Il y aurait beaucoup à dire sur ce travail tant il est riche. Cette étude sur les ermitas de Biscaye devrait servir d'exemple à bien des chercheurs des autres provinces car il illumine les relations complexes et historiques entre: gestion commune du bien commun - habitat (*auzo* et *anteiglesia*) - institution de type démocratique (*kofradia*) - intégration de l'imaginaire et du quotidien - célébrations de divers types - sens du sacré - officialisation de la charge et de la responsabilité. On le voit, ce travail parle de l'homme et de l'homme debout, acteur de sa vie. Il parle de cette façon que nous avons eu de construire notre pays, de vivre ensemble. Cette oeuvre est installée au coeur de notre basquitude non pas vécue comme un enfermement mais comme une expérience humaine.

On voit venir les questions que soulève cette recherche. Et parmi ces dernières: de quand date ce système démocratique (alors que nos voisins vivent sous un féodalisme souvent opaque); comment s'est-il mis en place? Cette société de voisins est-elle une simple construction post-moyenâgeuse, succédant à la guerre des bandes? L'archive pourra-t-elle répondre? La Biscaye historique est loin de nous fournir l'image sereine d'une société où le bien commun est géré démocratiquement. Cependant les juristes soulignent la gestion "ancienne" de la province à travers le système de l'*anteiglesia* (reconnue par le vieux *Fuero*) et de la *kofradi*, rejoignant par là la dynamique mise à nue par G. Arregi dans son travail. De tels systèmes de vie ne peuvent apparaître en un jour. Le problème reste entier de ce point de vue.

Mais ce que révèle cette oeuvre, ce sont avant tout les tendances et les courants qui modelèrent ce pays et dont nous sommes en un certain sens les héritiers. C'est peut-être pour cela que je me sens concerné par ce travail; il fait plus que me distraire. Je ne doute pas que bien des lecteurs partagent mon sentiment.

Michel Duvert



AZANZA LOPEZ, José Javier
Arquitectura religiosa del Barroco en Navarra
 Pamplona : Gobierno de Navarra, 1998. – 569 p. : il. col. ;
 29 cm. – (Serie Arte ; 29). – ISBN: 84-235-1699-7

El interés renovado que desde hace unos años vienen suscitando las artes del Barroco tiene en Navarra un nombre propio, el de la profesora Concepción García Gaínza y una fecha de arranque, 1980, año de la publicación del primer volumen del Catálogo monumen-

tal de la Comunidad Foral. El libro que recensamos aquí es una de las consecuencias más maduras de ese viraje en el rumbo de las investigaciones y del mejor conocimiento de nuestro patrimonio por José Javier Azanza, profesor del departamento de Historia del Arte de la Universidad de Navarra y miembro precisamente del equipo que ha elaborado los dos últimos tomos del citado catálogo.

Mi primera valoración no puede ser más positiva, tanto por el contenido como por la magnífica presentación del libro con profusión de láminas en color, trazas originales y otras figuras. Se trata del primer estudio histórico-artístico sobre la arquitectura sacra de los siglos XVII y XVIII con unos planteamientos globales, aparato crítico e índices. En este sentido mejora y desarrolla una síntesis anterior de Echeverría Goñi y Fernández Gracia, publicada en la colección Ibaiak eta Haranak el año de 1991 y carente de notas por razones editoriales, donde no obstante se señala la autoría de obras tan excepcionales como la iglesia de la Compañía de María o la Enseñanza de Tudela.

En el País Vasco contamos con importantes investigaciones sobre este tema como los documentados libros de Astiazarain Achábal sobre los arquitectos guipuzcoanos del siglo XVIII, Cendoya Echániz sobre la arquitectura en los conventos de franciscanas de Guipúzcoa, Ballesteros Izquierdo sobre la arquitectura del primer tercio del siglo XVII en Vitoria o Barrio Loza sobre arquitectura religiosa de Vizcaya. Sin embargo, un panorama tan complejo de dos siglos tan solo ha sido abordado con éxito en Navarra por J. J. Azanza en una tesis doctoral de conjunto, que este libro reproduce en su parte nuclear.

El carácter científico de la obra viene avalado por el manejo de fuentes documentales diversas de archivos diocesanos, catedralicios, conventuales, parroquiales, General de Navarra y protocolos notariales. Con estos datos ha reconstruido la génesis documental de las fábricas desde la licencia hasta la tasación y ha desvelado las fuentes de financiación, tanto foráneas como locales. La información más específica ha sido entresacada de textos impresos como tratados, reglas, sermones, panegíricos y libretos. Las citas a especialistas como Bonet Correa, Rodríguez Gutiérrez de Ceballos, Bustamante, Tovar, Bérchez y Rivas le han permitido una puesta al día con las interpretaciones de la arquitectura y el cotejo con las soluciones de otros territorios. Al profesor J. Rivas, coautor del Catálogo Monumental de Navarra, debemos en buena medida esa primera valoración de la arquitectura barroca navarra que ha tenido eco en los estudios de R. Fernández Gracia y este primer colofón de J.J. Azanza.

Entre 1600 y 1780, el autor distingue cuatro periodos, un Barroco desornamentado, otro decorativo en dos fases y el Rococó, abarcando el ámbito del Reino de Navarra que incluía territorios pertenecientes a tres diócesis. Por esa diversidad recibe influencias vecinas de Guipúzcoa (afluencia de aprendices y oficiales de cantería de la Provincia, intervenciones de arquitectos vinculados al Colegio de Loyola y presencia de canteros vascos constructores de las denominadas torres riojanas), La Rioja, como las trazas y obras para puntos equidistantes de Navarra de miembros del clan de los Raon establecidos en Calahorra y Lodosa, del Valle del Ebro, principalmente de Aragón y, en obras señaladas, de la Corte de Madrid.

De especial interés me parece el intento de definir la figura y el papel del arquitecto que suministra las trazas y supervisa las fábricas. En este punto resultan muy expresivos la relación de veedores de obras del obispado de Pamplona, tracistas de las diferentes órdenes y los principales maestros de obras navarros, vascos, riojanos y de otras procedencias, el inventario de libros de Juan de Larrea (1741) y la excepcional guía manuscrita de Vicente de Arizu (1778) con exquisitos dibujos de monumentos de Roma, París, Zaragoza y Madrid y

proyectos para edificios emblemáticos de Pamplona. En varios casos la documentación confirma la posesión de tratados renacentistas como los de Serlio y Viñola y barrocos como los de fray Lorenzo de San Nicolás, Tosca o Ardemans.

En el capítulo que se dedica al espacio arquitectónico, el autor disecciona muy bien los elementos del léxico como alzados, cubiertas y modificadores espaciales, pero tal vez no trata en un apartado diferenciado de la sintaxis, es decir, del concepto de espacio que en las manifestaciones analizadas del Barroco navarro presenta una cierta variedad entre plantas longitudinales conventuales, centrales y combinadas. Junto a las barrocas concepciones espaciales de algunos templos de la zona meridional de Navarra, resultan muy significativos los distintos proyectos presentados para la construcción de las capillas dieciochescas de Pamplona, en especial la de San Fermín en la iglesia de San Lorenzo.

El criterio cronológico seguido en el estudio de las parroquias de nueva planta, conventos masculinos y femeninos y santuarios es correcto desde el punto de vista del historiador pero deja en evidencia las notables diferencias existentes entre unas parroquias como las dos de Corella respecto a otras como las de Arizcun o Úcar en el siglo XVII, al igual que entre las escenográficas de Los Arcos o Villafranca en relación a otras más tradicionales como las de Errazu o Enériz en el XVIII. No obstante, debemos recalcar que estas monografías se hallan muy bien documentadas y suponen una buena puesta al día en descripción y valoración.

Si exceptuamos la capital del Reino con sus capillas dieciochescas de patronato municipal, las obras más emblemáticas del Barroco navarro corresponden a ciudades y villas de la Ribera con grandes conjuntos urbanísticos y conventuales como Tudela, Corella o Villafranca, a la que el propio Azanza ha dedicado un denso libro monográfico, y otras de la merindad estellesa como Viana y Los Arcos, donde se dan cita algunos de los maestros más afamados de los territorios vecinos. Las fábricas más internacionales del Barroco navarro son la basílica del Patrocinio de Milagro, proyectada en 1699 por Pedro de Aguirre, la iglesia de la Enseñanza de Tudela, con traza de 1732-40 de fray José Alberto Pina, según la Fórmula de las casas de la Compañía de María de 1638, y la cabecera y crucero de San Gregorio Ostiense de Sorlada según planos de 1758, del tracista carmelita fray José de San Juan de la Cruz.

Por último, desde el conocimiento que nos dan nuestras incursiones puntuales en el tema sobre tracistas carmelitas, mecenazgo y legados de indianos y monumentos o “perspectivas”, no podemos sino alabar un índice que contempla dos documentados capítulos sobre el patronato y la financiación de los edificios, y las diferentes tipologías del arte efímero dentro de la fiesta barroca y un apartado dedicado a los tracistas de las diferentes órdenes. Por todo lo dicho, nos hallamos ante una obra importante en la historiografía del arte en Navarra que sistematiza y abre el cauce a futuras investigaciones sobre el arte y la arquitectura del Barroco.

Pedro Luis Echeverría Goñi